

## DE LOS LUGARES QUE NO EXISTEN

TING-TING CHENG

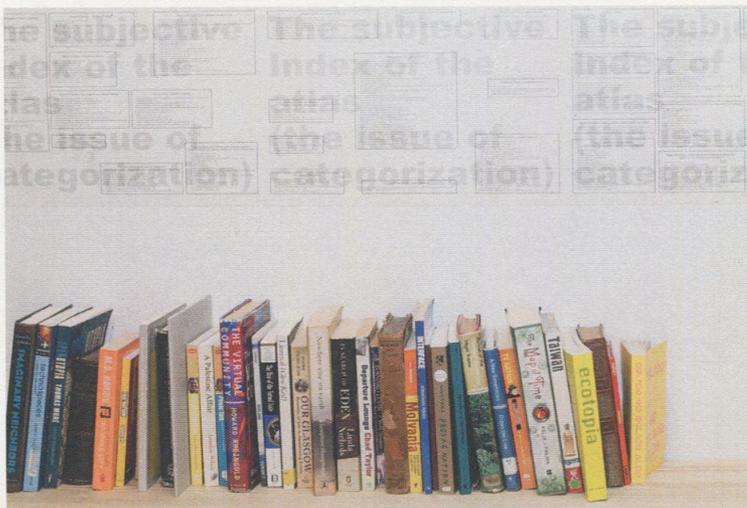
En 1682, el historiador y geógrafo francés Michel Antoine Baudrand creó una categoría de ‘aquello que nunca fue’ compuesta por una lista de lugares que sólo han existido en la imaginación pero que, pese a su condición ficticia, habían encontrado un lugar en los mapas. El hecho de que no existieran, pero aún así fueran localizados dentro de la geografía del mundo del siglo xvii, da cuenta de la imprecisa y velada confusión que a veces plantea el límite entre la ficción y la realidad pero, sobre todo, de la forma en la que decidimos categorizar y denominar. Explorar la manera en la que definimos y organizamos las cosas, personas, lugares y la interacción entre ellas, así como la forma en la que definimos fronteras que definen lugares y que, a su vez, nos definen a nosotros, es una de las preocupaciones de *El Atlas de los lugares que no existen*.

Sus volúmenes, elegidos y categorizados a partir de subjetividades, buscan plantear la problemática de la existencia, pues en la era de la digitalización la realidad no puede ser definida solamente por su carácter físico. No se puede decir que las redes sociales son menos reales que el propio cuerpo, pues a pesar de ser un espacio intangible también habitan las construcciones sobre las que se sostiene lo real. Una ficción, por tanto, sería un interesante medio que *existe* de manera física, pero cuyo contenido *está* sólo en tanto que imaginación. Sin embargo, habita un mismo espacio dentro de lo ‘real’ e, incluso, puede decir más cosas que lo tangible, pues todo aquello que se imagina está sujeto inexorablemente a la ‘realidad’.

Toda imagen y todo texto se construye a través de las experiencias y la información que recibimos; las ficciones que creamos son aquello que nos vemos obligados a crear ante un mundo que parece no dejarse moldear por nosotros, orillándonos a inventar situaciones que nos cedan un poco de razón. Aquello que no existe, pero que ha logrado materializarse en ficciones, narrativas e historias, reflejan nuestras proyecciones y expectativas, futuras y pasadas, que escapan a los límites y los bordes de contextos arbitrarios de categorización. La imaginación, entonces, permite la existencia de algo irreal en un plano real, o al menos pone en tensión los ejes de categorización y de entendimiento del mundo.

Al adentrarse en la proyección y la expectativa, del futuro o del pasado, en un contexto de categorización arbitraria que se mimetiza como objeto autorizado del sistema institucional; mediante el cuestionamiento de las definiciones de existencia y realidad, se espera poder crear una mejor y más diversa imaginación —y tal vez realidad. Sin embargo, tanto utopía como distopía son definidas de forma tan arbitraria como categórica dentro de un sistema. Lo que aparenta ser una definición simple y fija está más bien en constante flujo. La utopía de uno es la distopía de otro.

El área gris existente entre ambos conceptos es lo que explora el *Atlas de los lugares que no existen*: un tercer espacio que ocupa un sitio en la imaginación, pero que tiene la capacidad de incidir en la realidad pues, si bien no existen, se han convertido en concepto, metáfora y deseo inagotables.



*El Atlas de lugares que no existen*  
Libros y mapa, dimensiones variables, 2013  
Cortesía del artista